



## EL BURLADOR DE SEVILLA

Y

## CONVIDADO DE PIEDRA.

### PRIMERA PARTE.

**R**esuene el mérito acento,  
y vuele de uno à otro Polo,  
en las plumas de la fama,  
el caso mas protentoso,  
la maravilla mas grande,  
y suceso mas pasmoso,  
que se guarda en los anales,  
y para hacerlo notorio,  
no presume mi ignorancia  
remontarse al suntuoso  
bello monte del Parnaso,  
para implorar el socorro  
de aquella sábia influencia  
dulce ficcion de los doctos:  
solo proclama, y aspira  
mi discurso temeroso.

à aquel númen infinito,  
sacro, excelso y poderoso:  
cuya luz inaccesible  
desterrará el tenebroso  
nublado, que se interpone  
de temores, y de asombros  
à mi triste pensamiento,  
de un mal escrito medroso.  
Mas, pues, me hallo en empeño  
tan árduo y dificultoso,  
siguiendo el rumbo divino  
desde el mar, donde zozobro,  
de la celestial princesa,  
norte de afectos dudosos,  
para lograr su obediencia,  
ha de sacarme del golfo:



tire mis plumas las líneas  
y admire todo curioso,  
asunto tan nunca oído,  
atención que el rasgo rompo.  
En la grandiosa y excelsa  
Sevilla, lucido imperio  
de las mas nobles Ciudades  
de España blason famoso,  
de lealtad claro espejo,  
pues en quanto el sacro Apolo,  
con la circular tarea  
devana los copos de oro,  
no registra otra mas noble  
desde lo alto de su sòlio.  
En esta Corte suprema,  
de virtud, y nobleza heróica,  
un principal Caballero  
vivía en union gustosa  
de una muy hermosa Dama  
su igual en lustre y decoro;  
dióle de su matrimonio,  
à don Diego de Tenorio  
el cielo un hermoso infante,  
y en el bautismo dichoso,  
que adquirió, la gracia añade  
mas duplicado el soborno  
en las gracias que le esmaltan  
pues fue Juan su nombre propio.  
Crióse en aquel descanso,  
y política que solo  
sabe practicar el noble  
con sus hijos amorosos:  
creció su belleza y gala,  
con un genio caprichoso,  
que odiado de sus parciales,  
siempre gustaba andar solo,  
entregado à pasatiempos;  
al estudio virtuoso  
siempre le dió negaciones  
altivo, bárbaro y loco.  
Llegó à tocar los umbrales

de la juventud brioso,  
y con libertad y gala  
habiendo puesto los ojos  
en una ilustre doncella,  
tuvo traza y halló modo  
de entrar en su noble alvergue  
donde atrevido, imperioso,  
logró aleve con la fuerza  
quanto perdió en lo engañoso.  
Dexó aquella rosa ajada,  
y ultrajado aquel pinpollo,  
haciendo burla y donayre  
de un lance tan afrentoso.  
Por cuyo motivo el padre  
ostentándose piadoso,  
determinó el ausentarle,  
dándole pronto socorro,  
se lo remite à su hermano  
à Nápoles, donde honroso  
por Embaxador estaba  
del Rey de Castilla heróico.  
Recibióle el noble tio  
con afecto cariñoso,  
y don Juan en este tiempo,  
ingrato, presuntuoso,  
se enamoró de Isabela  
la duquese, que en el propio  
quarto de la reyna estaba,  
por dama de honor lustroso.  
Esta señora vencida  
del que pretendia esposo,  
que era un grande de aquel reyno  
dispusieron amorosos  
verse una noche en secreto,  
mas como el amor vicioso,  
todo el cuidado y desvelo,  
alcanzó don Juan Tenorio  
à saber de una criada  
el concierto: è industrioso,  
disfrazado su persona,  
acudió al puesto muy pronto:

de forma que la duquesa,  
con recatado alborozo,  
pensando que era su amante,  
entre apreciables coloquios  
le dió las llaves del alma,  
para que el ladron famoso,  
de su heróica honestidad,  
robase el casto tesoro,  
y en medio de aquellas dichas,  
que promete el amor loco,  
dixo madama Isabela:  
dulce bien, amado esposo,  
voy por una luz, que quiero,  
pues tanta fortuna logro,  
mirarte dueño de un alma,  
que eres tû su dueño solo;  
que aunque don Juan pretendia,  
con alhagos cautelosos,  
el detenerle fue en vano;  
y atendiendo al alevoso,  
con la luz del desengaño,  
dió voces su honor heróico.  
Alborotóse el Palacio,  
salió el Rey al alboroto,  
sin que el torpe delincuente  
de peligro tan notorio  
se pudiese redimir,  
y echando el rebozo al rostro,  
intentaba defenderse:  
llegó don Pedro tenorio  
à este tiempo, à quien el Rey  
encargó de este negocio  
y la guardia juntamente,  
si se resiste brioso,  
le den al punto la muerte;  
y à la dama riguroso,  
que en la torre de palacio  
le aseguren con decoro,  
hasta averiguar si quiere,  
ò puede el hado alevoso,  
mejorarse en la desdicha,

que ultrajó honor tan costoso.  
Apenas se ausentó el Rey,  
quitó don Juan el embozo,  
y à las plantas de don Pedro  
se arrodilló afectuoso,  
que importa mucho una vida,  
y de una honra el destrozo  
y el prudente embaxador,  
siéndole su sangre apoyo,  
lo escapó por un balcon,  
y al Rey persuade de mo  
que imaginándole muerto,  
cesó la saña y enojo.  
Dexemos en el palacio  
de Nápoles suntuoso  
à la duquesa Isabela  
anegada en sus sollozos  
y à don Pedro, que al momento  
despachó à Castilla un proprio,  
dando cuenta del fracaso  
lamentable y lastimoso,  
donde dió parte à don Diego,  
que don Juan en tiempo corto,  
à valerse da su amparo,  
irá à Sevilla animoso.  
Y vamos al Burlador,  
atrevido y mentiroso,  
que habiendo sido su asilo,  
su remedio y su socorro,  
una embarcacion pequeña,  
que andaba en el mar à corso,  
se levantó una borrasca,  
è impensado terremoto,  
que ya el misero baxel,  
dando de uno en otro escollo,  
de salvar la triste vida  
desconfiaba el piloto.  
En este conflicto el jóven  
al mar se arrojó furioso,  
por mirar cerca la orilla,  
freno del salobre mónstruo;

siguiéndole un leal criado,  
en la náutica famoso,  
que viendo à su amo ya,  
en los últimos ahogos,  
hecho racional Delfin  
le escapó sobre sus hombros;  
y en la amable arena apenas  
puso sus pies alevosos,  
quando à una bella zagala,  
que habitaba los contornos  
de aquella vecina playa,  
hermosa y discreta en todo,  
(cuyo nombre era Tisbea)  
la solicitó engañoso,  
diciendo que pretendia  
quedarse en el arenoso  
terreno, y ser pescador,  
por gozar sus bellos ojos.  
Rendida al fin la doncella  
de imaginados antojos,  
que el ser principal persona  
le persuadia amoroso;  
baxo la fé y palabra  
de su trato mentiroso,  
se rindió à sus persuasiones  
però don Juan de Tenorio,  
ingrato, falso y aleve,  
inconstante y alevoso,  
no contento con quitarle  
su honra, qual fiero mónstruo,  
le pegó fuego à su alvergue,  
y con grande desahogo  
tomò dos postas ligero,  
sin temer el justo enojo  
del cielo, à tan graves culpas,  
y delitos espantosos.  
La triste infeliz doncella

quedó llorando el malogro  
de su hermosa juventud.  
Escapando el engañoso  
de los riesgos de la Italia;  
llegó al fin donde piadoso  
pecho de su noble padre,  
para enmendar tanto oprobio,  
con que ajaba su nobleza,  
sensual y escandaloso,  
por refrenar la inquietud  
de su genio belicoso,  
y mudable condicion,  
hizo el concierto dichoso  
de casarle, porque el Rey  
hizo en esta parte todo,  
pidiéndole à don Gonzalo  
de Ulloa, héroe famoso,  
la belleza de doña Ana  
su hija, milagro hermoso  
de la gran naturaleza,  
el qual la ofreció gustoso,  
ignorando el mal empleo,  
que lograba con Tenorio.  
Dexemos en este estado  
el tratado desposorio,  
que en el segundo romance  
se dirá el fin lastimoso,  
que tuvo este caballero,  
porque trató sin decoro  
el honor de las mugeres,  
y atrevido y jactancioso  
las burlaba y ofendia,  
con obras, palabras y odios.  
Y ahora humilde suplico  
à mi discreto auditorio,  
que me perdonen las faltas  
de estilo conceptuoso.

F I N.